

# CREADORES DE MEMORIA: MIRADAS SOBRE LOS DÓLMENES DE ANTEQUERA

Margarita Sánchez Romero, Dpto. de Prehistoria y Arqueología, Universidad de Granada

EL CONJUNTO DE LOS DÓLMENES DE ANTEQUERA HA LLEGADO HASTA NOSOTROS NO SÓLO CON LA ENTIDAD FÍSICA Y EL SIGNIFICADO SOCIAL OTORGADO POR SUS CONSTRUCTORES Y USUARIOS EN LA PREHISTORIA, SINO CON LA APORTACIÓN AÑADIDA DE UN BUEN NÚMERO DE PERSONAS QUE HAN INTERVENIDO, A LO LARGO DE LA HISTORIA Y DE DIVERSAS MANERAS, EN ESTOS MONUMENTOS; LOS DÓLMENES DE MENGA, VIERA Y EL ROMERAL, SON HOY COMO SON, PORQUE OTROS MUCHOS LOS CONTEMPLARON DESDE PERSPECTIVAS MUY DIFERENTES, DE MANERA EVIDENTE DESDE LA HISTORIA Y LA ARQUEOLOGÍA, PERO TAMBIÉN DESDE LA LITERATURA, EL ARTE, LA ARQUITECTURA O LA POLÍTICA. A TRAVÉS DE ESTE CAPÍTULO PRETENDEMOS HACER UN RECORRIDO A LA HISTORIA DE ESAS MIRADAS PARA INTENTAR COMPRENDER DE QUÉ FORMA LOS DÓLMENES DE ANTEQUERA HAN LLEGADO A CONVERTIRSE EN EL ESPACIO REFERENCIAL QUE SON HOY EN DÍA.

## MEMORIAL, CREATORS OF THE RECORD: GLANCES AT THE ANTEQUERA DOLMEN SITE

THE ANTEQUERA DOLMEN SITE SURVIVES NOT ONLY AS A PHYSICAL ENTITY WITH A SOCIAL SIGNIFICANCE GRANTED BY ITS CONSTRUCTORS AND PREHISTORIC USERS; BUT ALSO WITH THE ADDED CONTRIBUTION OF A GOOD NUMBER OF PEOPLE WHO HAVE INTERACTED WITH THE MONUMENTS THROUGHOUT HISTORY IN DIVERSE WAYS. THE DOLMENS OF MENGA, VIERA AND EL ROMERAL ARE AS THEY ARE TODAY BECAUSE MANY PEOPLE HAVE CONTEMPLATED THEM FROM VERY DIFFERENT PERSPECTIVES, NOT ONLY HISTORICAL AND ARCHAEOLOGICAL, BUT ALSO LITERARY, ARTISTIC, ARCHITECTURAL AND POLITICAL. THIS ARTICLE GLANCES BACK THROUGH HISTORY TO TRY AND UNDERSTAND HOW THE ANTEQUERA DOLMEN SITE HAS BECOME THE REFERENCE SPACE IT IS TODAY.

## La memoria creada

La memoria es la que construye la historia; espacios, monumentos, paisajes... los restos materiales de las sociedades del pasado sólo tienen sentido a través de nuestro conocimiento y comprensión; sólo podemos entenderlos a través de las miradas de quienes han pensado en esos vestigios de las sociedades pasadas. Esta cultura material que perdura a lo largo del tiempo y forma parte de nuestro paisaje cultural está determinada, indiscutiblemente, por la voluntad de visibilidad en el espacio y de permanencia temporal, y es bien cierto que esas condiciones existen aunque desde el presente no las consideremos (CRIADO, 2001). Sin embargo desde ese mismo presente elegimos algunas de estas manifestaciones materiales, por muy diversas razones, y las convertimos en elementos referenciales de nuestra historia.

Los dólmenes de Antequera han llegado hasta nosotros no sólo con la entidad física y el significado social otorgado por sus constructores y usuarios en la Prehistoria, sino con la aportación añadida de un buen número de personas que han intervenido a lo largo de la historia y de diversas maneras en estos monumentos; los dólmenes de Menga, Viera y El Romeral son hoy como son, porque otros muchos los contemplaron desde perspectivas muy diferentes, de manera evidente desde la historia y la arqueología, pero también desde la literatura, el arte, la arquitectura o la política. Estas distintas visiones de un mismo elemento, es decir, la interpretación que se hace desde diversos lugares, han exigido el debate, el consenso y la toma de decisiones y, como en el caso de otros muchos monumentos, durante cientos de años han coexistido caótica y creativamente las perspectivas oficiales y populares (SILBERMAN, 2006).

Pero, sobre todo, el Conjunto Arqueológico se ha convertido en una representación simbólica de la identidad, en un factor de cohesión, en un espacio referencial. Una identidad que conformamos observando el registro material de las sociedades del pasado, buscando las trazas de la continuidad de los grupos sociales a pesar de que estos sufran rupturas y cambios de

rumbo; y así, establecemos una confrontación dialéctica entre el bagaje sociocultural-simbólico identificado por el grupo como propio y las circunstancias que influyen en la reproducción del grupo social (PUJADAS, 1993). Cada comunidad acoge al monumento y lo hace suyo de manera distinta, buena prueba de ello es la aparición, en la entrada del Dolmen de Menga, de dos enterramientos de época musulmana (NAVARRETE, 2005) que representan el reconocimiento de esa comunidad a determinados valores del monumento; para el grupo, enterrar a esos individuos en este lugar supone vincularlos con un espacio funerario ancestral y lleno de significados simbólicos e ideológicos que se comparten a través del tiempo. Por tanto, el monumento, o el patrimonio histórico en su conjunto, se articula como un sistema de símbolos que suscitan motivaciones y disposiciones poderosas, profundas y perdurables y permite formular conceptos generales sobre la identidad de las comunidades. Se crean elementos cercanos al pensamiento social del grupo y, aunque se modifiquen los referentes, los significados, o se creen o eliminan elementos, siempre se trata de cambios graduales de manera que se pueda mantener el contacto social (PRATS, 2004: 66). Los dólmenes de Antequera han formado parte de esa identificación simbólica, de esa unión con el pasado y podemos ver, a lo largo de la historia de su reconocimiento desde el siglo XVI hasta el presente, los esfuerzos realizados para que sigan formando parte de la sociedad.

Los dólmenes de Antequera han sido descritos, medidos, dibujados, interpretados, soñados, fotografiados, excavados, sondeados, conservados, protegidos, etc. Cada una de las personas e instituciones que serán mencionadas en este texto merecerían sin duda mucho más espacio del que podemos dedicarle; hemos intentado recoger la esencia de lo que dijeron o escribieron, de lo que su aportación ha significado para el conjunto megalítico y, en contrapartida, qué significaron Menga, Viera y El Romeral para sus vidas. Sin embargo, no debemos olvidar nunca el contexto histórico en el que cada una de estas personalidades se enmarca; no se trata de juzgar, ni siquiera de valorar los conocimientos o las interpretaciones que realizaron, sino

de entender que nuestra visión actual de los monumentos está íntimamente ligada a las que se hicieron en el pasado.

Existen publicaciones muy consistentes que realizan el trabajo de recoger la historia e historiografía de los dólmenes (RUIZ, 2005; MARQUÉS et al., 2004; MÁRQUEZ; y FERNÁNDEZ, en prensa). Nuestra propuesta consiste en la elección de cuatro visiones distintas, cuatro perspectivas representativas que se suceden a lo largo de momentos históricos diferentes, incluyendo en cada una esas miradas a todas las personas que han considerado en su vida u obra a los dólmenes de Antequera. Pero además, hemos querido destacar a cuatro personajes, uno por cada mirada; y no existe un criterio objetivo, unos hicieron aportaciones significativas al conocimiento de los dólmenes o a su protección, otros destacan por su personalidad y percepción original e intuitiva sobre los monumentos. La breve mención que hacemos de todos estos nombres debería servir como aliciente para acercarse a unas biografías y obras que nos posibilitan el conocimiento de las maneras y evolución de la investigación histórica y arqueológica en los últimos cuatro siglos.

Nuestra primera parada es la Menga de los historiadores y aventureros románticos. La mirada de los viajeros, tanto extranjeros como españoles, que durante los siglos XVIII y XIX recorrieron la España de la época y que ha sido fundamental para la creación de imágenes sobre ella. Nuestra elección para esta revisión es Lady Louisa Tenison, la elegimos porque es una representante incontestable del espíritu de la época; como muchos otros europeos, visitó nuestro país en busca de aventuras, eran personajes llenos de tópicos y prejuicios que buscaban en nuestro país la idea romántica de lo exótico, lo antiguo o lo pintoresco (LÓPEZ-BURGOS, 2001). La elegimos porque probablemente fue la primera persona que mencionó el Dolmen de Menga en lengua inglesa, porque insistió mucho en encontrar el “templo druida” cuando en 1852 visitó Antequera, porque leyó la monografía escrita por Rafael Mitjana en 1847 y porque nos ha regalado una de las descripciones más completas conocidas hasta ese momento. Lady Tenison se interesa por su disposición en el territorio, por el

esfuerzo necesario para su construcción, por su similitud con los megalitos irlandeses y por el triunfo de su supervivencia sobre otras edificaciones muy posteriores: “But there it stands, in its rude but Titanic workmanship, surviving all the splendid triumphs of architecture [...]” (1852). Esta Menga de los historiadores y viajeros es la Menga descrita, la documental, la romántica y la única (ya que no se conocían Viera y El Romeral); es la Menga de la arqueología de los viajeros, cronistas, artistas y coleccionistas; la que describe Rodrigo Méndez de Silva en sus crónicas (1675) o la de Alonso García de Yegros (1609), pero también es la que inspira la imaginación y la curiosidad por conocer a sus constructores y usuarios. Para unos fue templo: “debía ser un templo nocturno, donde venían a sacrificar de noche los gentiles cuya profanidad llegó a tanto [...]” (Agustín de Tejada y Paéz, 1587), “de seres sobrenaturales y en el que los hombres realizaban sacrificios o prácticas demoníacas” (Francisco de Tejada, c. 1600-1625); y para otros refugio: “¿de qué podían servir estos espacios subterráneos sino para abrigar a los primeros habitantes de este terreno[...]?” (Diego Carrasco y Luque, 1840).

Pero Menga también es utilizada en un contexto histórico muy determinado, impregnado por las ideologías nacionalistas y de búsqueda de identidad; la fuerte tendencia anticuarista de los siglos XVII y XVIII refleja y refuerza los sentimientos de patriotismo local (SILBERMAN, 1995) y así ocurre con los dólmenes que son utilizados para señalar la muy antigua fundación de Antequera: parece haber sido hecha por los primeros que entraron en España (Francisco de Cabrera, principios del siglo XVII). Y sobre todo Francisco Solana: “no puede ser obra de árabes ni godos sino anteriores a ellos” (1814) o Cristóbal Fernández que señala que “ni los romanos, ni los godos, ni los árabes solían ocuparse en obras semejantes” (1842). Estas ideas entroncan perfectamente con el hecho de que el fenómeno megalítico fue un elemento de gran interés para el Romanticismo a partir de la segunda mitad del XVIII. En el resto de Europa estos monumentos se vinculaban con una cronología prerromana, como altares de sacrificio de los celtas y, en esa misma línea, Menga fue considerada como un templo druida (AYARZAGÜENA y MORA, 2004).

001. Retrato de D. Manuel Gómez Moreno / Fuente: Instituto Gómez-Moreno de la Fundación Rodríguez Acosta

002-003. Fotografías de los hermanos Viera, José y Antonio / Fuente: Málaga. Diputación. Biblioteca Cánovas del Castillo. Legado Temboury



La segunda mirada corresponde a la de los arqueólogos, aficionados o profesionales, que han trabajado en los dólmenes; no hay duda de que son ellos los que más atribuciones han tenido a la hora de observar los dólmenes. Un recorrido por la historia de la investigación del Conjunto Arqueológico (MARQUÉS et al., 2004; MÁRQUEZ y FÉRNANDEZ, en prensa) nos puede servir para hacer un recorrido por la historia de la arqueología de campo de Andalucía; desde la etapa de definición de la Prehistoria y la Arqueología como ciencias a finales del XIX y principios del XX, en la que priman elementos tales como la descripción, el interés por la documentación gráfica, los primeros intentos de clasificación cronológica y tipológica o el uso de referencias etnológicas, hasta llegar a principios de los 80 del siglo XX con la incorporación de nuevas metodologías de análisis del territorio, de aplicación de técnicas informáticas y estadísticas, o de actuaciones relativas a la reconstrucción medioambiental. Tampoco los dólmenes han estado alejados de los distintos debates teóricos que se han ido produciendo en nuestra disciplina, desde las controversias relacionadas con la disputa entre orientalistas y occidentalistas en lo que a los orígenes del fenómeno megalítico se refiere hasta su investigación desde la perspectiva de la arqueología del paisaje.

Y aunque aquí la elección es más complicada, nuestra preferencia para esta mirada es Manuel Gómez Moreno (imagen 1). Él representa a los dólmenes investigados e interpretados, a los dólmenes de la arqueología como disciplina científica. Gómez Moreno realiza el primer estudio global de los tres dólmenes y el análisis de los materiales encontrados en cada uno de ellos en su obra *Arquitectura Tartesia. La necrópolis de Antequera* (1905). Este investigador recoge la tradición de trabajos previos como los del arquitecto Rafael Mitjana (1847), con la primera monografía dedicada a Menga, o de Manuel de Góngora y Martínez (1868); y, por supuesto, de los hermanos Viera, Antonio y José (imágenes 2 y 3), empleados del Ayuntamiento de Antequera que en la línea de los eruditos locales de principios del siglo XX descubrieron, financiaron y excavaron los otros dos monumentos del Conjunto megalítico: los dólmenes de Viera y El Romeral. Y fue precisamente Gómez Moreno el primero que reconoció la labor de estos hermanos cam-

biándole el nombre a la Cueva Chica y denominándola a partir de ese momento como Dolmen de los Hermanos Viera, llegando finalmente hasta nosotros como Dolmen de Viera. A partir de este momento el conocimiento más extenso de los dólmenes hace que empiecen a formar parte del debate arqueológico; por ejemplo, aparecen mencionados en cuestiones relacionadas con procesos de construcción o funcionalidad, mientras Rafael Mitjana lo describe como lugar de culto: “bajo este monte artificial se cuentan treinta y una piedras dolmen, componiendo el templo que voy a describir, y que pertenece a la arquitectura celta” (1847). Ildelfonso Marzo pone en duda esta aseveración: “si tuvo objeto ostensible tan curioso monumento, sería el de cementerio común de algunas familias celtas, establecidas en Antequera” (1850). Por otro lado, centran un interesante debate sobre el origen del megalitismo, sobre la procedencia oriental u occidental de las distintas culturas prehistóricas de la Península Ibérica; así, mientras José Ramón Mélida relaciona la Cueva de Menga con la arquitectura del templo situado en el complejo funerario de Keops (CASADO, 2006), Ricardo Velázquez Bosco, arquitecto y restaurador, relacionó, en 1905, el Tholos de El Romeral con la arquitectura de las sepulturas griegas, las denominadas tholoi de Micenas y Orcomeno, vinculando su construcción a poblaciones llegadas de estos lugares (MÁRQUEZ y FERNÁNDEZ en prensa); y, apuntando en otra dirección, Wilfrid James Hemp realizó en 1934 una comparación entre los dólmenes antequeranos y la sepultura de Maes Howe en las islas Orkney en Escocia poniendo en relación los elementos rituales y estructurales de las construcciones funerarias.

Los dólmenes antequeranos se convierten en elementos recurrentes en la literatura arqueológica española. Francisco María Tubino y Rada lo incluye en el catálogo que realiza en 1876 sobre los megalitos andaluces (RUIZ et al., 1986); el Dolmen de Menga aparece recogido por Luis Siret en su libro de 1891 *L'Espagne préhistorique*, donde se describe como una de las más bellas construcciones prehistóricas de Europa, y lo representa en una serie de láminas. No podemos olvidar la obra de Cayetano de Mergelina y su pormenorizado estudio de 1922 en el que realizó una puesta al día de todo lo conocido sobre los dólmenes hasta

el momento; una de las novedades incluidas es el descubrimiento por parte de Juan Cabré de los grabados cruciformes de Menga (cuya antigüedad aún es motivo de discusión en la actualidad) y que fueron puestos en relación en posteriores trabajos con grabados aparecidos en otros dólmenes de la Península Ibérica. Desde finales del XIX los dólmenes aparecen en un buen número de publicaciones realizadas por prehistoriadores extranjeros como es el caso de Charles Lucas (1870), M. Emile de Cartailhac (1886), Edouard Harlé (1887), Hugo Obermaier (1919), Pierre Paris (1919), A. de Mortillet (1921) o Edward Thurlow Leeds, que conoció los dólmenes durante un viaje de estudios que hizo por la Península e hizo referencia en su publicación de 1920. Este interés tiene uno de sus momentos cumbre en la obra de George y Vera Leisner *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel* (1943) en la que realizan un extenso estudio de los dólmenes con abundante documentación gráfica.

Igualmente importante hemos de considerar la visión de las instituciones. Conocemos el interés por la conservación del conjunto megalítico a través de numerosos documentos públicos, y nuestro nombre propio para esta mirada es sin lugar a dudas Francisco Romero Robledo (imagen 5), político antequerano que probablemente influyó desde su posición de diputado en las Cortes en la creación de lo se podría denominar un “centro de interpretación” para los sepulcros megalíticos (MÁRQUEZ; FERNÁNDEZ, en prensa). Una de las primeras referencias a este hecho la tenemos en la serie de Libros de actas capitulares en las que, por ejemplo, en la del 5 de diciembre de 1896, se da conocimiento por parte del Director General de Instrucción Pública de haber encargado al arquitecto director de las obras de la catedral de Sevilla el proyecto de conservación y embellecimiento de la Cueva de Menga en razón de no haberse cumplido este encargo por el arquitecto de la Alhambra de Granada. El arquitecto de la catedral de Sevilla era Joaquín Fernández Ayarragaray que en 1899 realizó una amplia documentación gráfica del dolmen y un proyecto que incluía una plaza frente a la entrada de Menga y dos edificios, uno dedicado a la recepción de visitantes y otro a casa del guarda. El proyecto no llegó nunca a realizarse (MÁRQUEZ y

FERNÁNDEZ, en prensa). La preocupación por la protección del yacimiento queda demostrada de nuevo por la carta que escribe Rodrigo Amador de los Ríos al alcalde de Antequera en 1908 en la que, entre otros comentarios relacionados con el patrimonio arqueológico de la ciudad, le pide que se cerquen la cueva de Menga y de El Romeral para evitar que las toquen. Desde la Delegación Provincial de Bellas Artes de Málaga se insta en febrero de 1926 al Ayuntamiento de Antequera a que se elabore el expediente necesario para que el Dolmen de Menga sea declarado Monumento Nacional. También José María Fernández, pintor antequerano, intentó desde su posición de miembro de la comisión para la redacción del Catálogo Artístico y Arqueológico de la ciudad la agilización de los procesos para la declaración del Dolmen de Menga como Monumento Artístico en 1927. El mismo Hugo Obermaier escribió en 1931 al Duque de Alba, que era en esos momentos presidente de la Junta de Protección de los Monumentos Megalíticos Antequeranos, una carta en la que se lamentaba del mal estado de conservación del Tholos de El Romeral que incluso había empezado a ser desmontado. Obermaier pedía en la carta la inmediata expropiación del monumento y su declaración como Monumento Nacional.

Las actas capitulares del Ayuntamiento de Antequera están plagadas de notificaciones acerca del estado de abandono de los dólmenes y de las soluciones halladas, de nombramientos de guardas, limpiezas reiteradas, preparación de caminos, reposición de los plantones de cipreses, repintado de rótulos, etc. Por ejemplo, en 1941, y gracias al interés e insistencia de Simeón Gimenez Reyna, que era Comisario Provincial de Excavaciones Arqueológicas (RUIZ, 2005), el arquitecto Francisco Prieto-Moreno lleva a cabo un proyecto de restauración del conjunto de sepulcros megalíticos en el que se incluye, entre otras actuaciones, la restauración del túmulo de Menga y Viera, la limpieza y el rebaje del corredor de El Romeral o la restauración del ara de ofrendas también de este último dolmen. Es en 1966 cuando desde el Ayuntamiento se prepara para la adquisición de los terrenos colindantes a los dólmenes con el fin de preservarlos de manera más eficaz; el acta capitular del 12 de mayo del mismo año señala que esta adquisi-

004. Copia del billete de entrada a los dólmenes de Viera y Menga / Fuente: Conjunto Arqueológico Dólmenes de Antequera

005. Retrato de D. Francisco Romero Robledo / Fuente: Archivo Histórico Municipal de Antequera



ción no debe demorarse por el extraordinario interés que representa para el desenvolvimiento turístico de la población. Meses después esos tres solares se adquirieron a tres miembros de la familia Vegas Carmona por el precio de 379 750 pesetas. Y es a finales del mismo año cuando se ajustan los precios de entrada para la visita de los monumentos: los dólmenes de Viera y Menga, la Colegiata de Santa María y el Castillo de Papabellotas, entre otros monumentos. El billete cuesta cinco pesetas por persona (imagen 4). Durante los años 70 y 80 se siguen realizando trabajos tanto arqueológicos como de protección y de divulgación, que no vamos a reiterar ya que muchos han quedado reflejados en este volumen, y sin los que no sería posible hablar del conjunto megalítico tal y como lo hacemos hoy.

Por último, pero no por ello menos importante, hemos de considerar la mirada de los artistas y literatos; aquellos para los que Menga, Viera y El Romeral han sido fuente de inspiración y referente. Para este mirador hacia los dólmenes nuestra elección no puede ser otra que Jose Antonio Muñoz Rojas (imagen 6), quien tanto desde los distintos puestos de responsabilidad como desde su imprescindible obra literaria ha tenido presente siempre dónde estaba el norte de su pluma. Muñoz Rojas es el perfecto anfitrión para los dólmenes y de su mano lo han conocido Dámaso Alonso o Gerardo Diego. Es la mirada en la que los dólmenes se hacen palabra, leyenda y cuento. Leyendas como las relatadas por Trinidad de Rojas en 1874, en la que la ultrajada doncella Kelma y su padre, un príncipe extranjero, son ayudados a ocultarse por un mago que erige Menga: extendió su vara, pronunció un conjuro, y descendieron rápidamente de los montes vecinos, colocándose tal y como hoy se encuentran esas enormes piedras, que forman el monumento; o el cuento que explica el nombre del dolmen más conocido de los tres, la de la judía Margarita, amante de un caballero cristiano que, tras su muerte y enferma de lepra, se refugió en el dolmen al que dio su nombre sincopado, Menga. Pero también la Arqueología ha recurrido a la narración para explicar de manera más eficiente sus investigaciones, y aunque en algunas ocasiones se ha identificado erróneamente narración y literatura de ficción, lo cierto es que el uso de una arqueología

narrativa cuidada puede incentivar la comprensión y complicidad de la sociedad ante los retos arqueológicos (GONZÁLEZ RUIBAL, 2006). Uno de los primeros arqueólogos que incluyó la narración de un hecho ficticio para explicar la construcción de Menga fue Gimenez Reyna. En el inicio de su obra *Los dólmenes de Antequera* (1968), incluye un texto en el que relata que “la sepultura fue construida para albergar el cuerpo de un jefe tartésico de Antikaria, así que se decidió labrar el más grandioso monumento que imaginarse pueda (...); el viejo sacerdote trazó el emplazamiento y el plano de la cámara sepulcral (...), de una cantera a propósito, a veces distante muchos millares de pasos (...) se fueron sacando gruesas losas que consiguieron labrar adecuadamente (...), estas ciclópeas masas de roca hubieron de ser arrastradas todo el largo trecho con el esfuerzo ya organizado de hombres y animales (...). Una vez acabada la casa de los muertos se celebraron los solemnes y complicados ritos (...). Finalmente se cerró en santuario con otra losa y se cubrió de tierra”.

También las artes visuales han tenido un espacio para los dólmenes. La obra pictórica de José María Fernández plasma el interior de Menga llenando de movimiento y fuerza expresiva la arquitectura monumental del dolmen (imagen 7). También la fotografía ha contribuido a que lleguen hasta nosotros imágenes del pasado que nos hacen retroceder en el tiempo y conocer, por ejemplo, los dólmenes de los hermanos Viera, Obermaier o Gómez Moreno gracias, entre otros muchos, al trabajo de fotografía y recopilación fotográfica del erudito malagueño Juan Temboury Álvarez. Por último, no podemos dejar de recordar la figura de Le Corbusier; este arquitecto, pionero en la delineación de formas arquitectónicas además de escultor, diseñador, pintor y escritor, autografió en la libreta del guarda durante su visita a los dólmenes en los años 50: «à nos ancêtres» (MUÑOZ ROJAS, 1993).

## Creando memoria en la Prehistoria andaluza

Tres monumentos, cuatro siglos de historia de la investigación y varias decenas de nombres. Imaginen cómo tenemos que



ampliar nuestra construcción de la Historia a través de la memoria de mujeres y hombres cuando hablamos de la Prehistoria andaluza. Intentar en pocas páginas realizar una semblanza de quienes han ido conformando la Prehistoria andaluza tal y como la conocemos es extremadamente difícil. Existen numerosas publicaciones a través de las cuales podemos conocer y comprender las distintas fases por las que ha pasado, de entender cómo la riqueza arqueológica de nuestra tierra ha atraído a académicos y aficionados de ámbito nacional e internacional que han ayudado a conformar nuestro conocimiento de ella. Por tanto, no es esta nuestra intención, esto no es una reseña historiográfica sino un lugar para el recuerdo y el reconocimiento de las personas que han trabajado y siguen trabajando para un conocimiento más profundo de nuestra antigüedad prehistórica.

La Arqueología se define como ciencia durante la segunda mitad del XIX con concepciones metodológicas derivadas del anticuismo y del coleccionismo y un cuerpo teórico marcado sobre todo por el nacimiento y la definición de los distintos estados europeos, es decir, por la noción de identidad; entre estos dos elementos se van a situar, en mayor o menor medida, los trabajos realizados por las primeras figuras que marcaron el desarrollo de la Arqueología prehistórica en Andalucía. La primera y más reconocible es sin duda Manuel de Góngora y Martínez (véase p. 294); con una aportación fundamentalmente metodológica nos legó el libro *Antigüedades Prehistóricas de Andalucía*, de 1868. De Bélgica llegaron los hermanos Siret, ingenieros que desarrollaron en diversos yacimientos de la provincia de Almería una metodología de intervención y documentación excepcional para lo conocido hasta ese momento y que, recogida en volúmenes como *Las primeras edades del metal en el sudeste de España*, de 1890, aún seguimos consultando en la actualidad (ARANDA y SÁNCHEZ, 1999). Para la Andalucía occidental la figura más preeminente de la época sería, sin duda, Jorge Eduardo Bonsor que, aunque se dedicó sobre todo a época romana y protohistórica, nos ha dejado referencias importantes a yacimientos prehistóricos (BELTRÁN, 2006).

Es a comienzos del siglo XX cuando se crean las bases institucionales para el desarrollo de la Prehistoria y Arqueología. Se componen la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades o la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas. Junto a estas instituciones, se promueven a nivel jurídico diversas leyes que ordenan la práctica arqueológica y protegen el patrimonio tales como la Ley de Excavaciones Arqueológicas de 1911 o la Ley de Patrimonio de 1933 (ARANDA y SÁNCHEZ 1999). Por otra parte, se crean los ámbitos necesarios para la investigación como la creación de la Sección de Arqueología del Centro de Estudios Históricos, que dirigirá Manuel Gómez-Moreno Martínez, y que tuvo intervenciones tan importantes en la Arqueología andaluza como la ya mencionada para los dólmenes de Antequera y excavaciones en otros yacimientos como las Peñas de los Gitanos en Montefrío (Granada) o la Cueva de la Graja en Jimena (Jaén). Bajo su tutela personal e institucional se formarán investigadores íntimamente ligados a la Prehistoria andaluza como Juan Cabré, Cayetano de Mergelina, que continuó sus estudios en Antequera y Montefrío, o Juan de Mata y Carriazo (BELTRÁN, 2006). Desde el ámbito universitario, cabe destacar la figura de Hugo Obermaier, primer catedrático de Prehistoria de nuestro país. En el estudio sobre arte prehistórico andaluz la figura fundamental es sin duda el Abate Breuil, con estudios sobre Cádiz, Málaga y Granada.

Las instituciones creadas durante la República fueron sustituidas por un nuevo organigrama durante la dictadura franquista basado en la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas que dejaba en manos de aficionados locales la mayor parte de los trabajos arqueológicos desarrollados; esta circunstancia implicaba no sólo una evidente falta de rigor metodológico, sino también, en el plano teórico, un modelo historicista llevado hasta sus últimas consecuencias (ARANDA y SÁNCHEZ, 1999), además de la desaparición de las figuras que previamente habían trabajado en la Prehistoria andaluza, lo que sumió a la investigación en un profundo estancamiento. Cabe mencionar en esta época la presen-



006. Retrato de Jose Antonio Muñoz Rojas realizado por Cristóbal Toral en 1972 / Imagen: Javier Pérez González. Fuente: Conjunto Arqueológico Dólmenes de Antequera

007. Interior del Dolmen de Menga. Pintura de José María Fernández / Imagen: Javier Pérez González. Fuente: Conjunto Arqueológico Dólmenes de Antequera

cia de George y Vera Leisner, arqueólogos alemanes que realizaron la sistematización más importante sobre el mundo megalítico andaluz a principios de los años 40 (ORIHUELA, 1999:76).

Será sólo a mediados de los años sesenta cuando el ambiente político empieza a cambiar en nuestro país, y se pasa de una perspectiva historicista a un modelo positivista que queda definido por lo que se ha venido denominando el “horizonte de las estratigrafías” (ARANDA y SÁNCHEZ, 1999), excavaciones como las realizadas por Martín Almagro Basch y Antonio Arribas (1973) en yacimientos como Los Millares o las colaboraciones con el Instituto Arqueológico Alemán (PELLICER; SCHÜLE, 1962). Manuel Pellicer Catalán, profesor de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada, es una de las figuras del momento; sus investigaciones en el cerro del Real (Orce, Granada) supusieron el inicio del conocimiento científico del mundo ibérico en Andalucía, y las excavaciones que realizó en la necrópolis Laurita (Almuñécar, Granada) dieron a conocer el poblamiento fenicio en el sur de la Península Ibérica (BELTRÁN, 2006). Tras la marcha de Pellicer a la Universidad de Sevilla, llega a nuestra comunidad otra de las figuras de fundamental importancia para el conocimiento de las sociedades prehistóricas de Andalucía oriental, Antonio Arribas Palau (véase p. 18) cuya mayor aportación fue el cambio metodológico que inició en distintos yacimientos de la Prehistoria Reciente.

### **Seguimos creando memoria**

Tanto Antonio Arribas como Manuel Pellicer fueron los precursores de los departamentos de Prehistoria y Arqueología andaluces actuales; a partir de su magisterio, se inicia la nómina de la mayoría de profesionales que desde las distintas instancias andaluzas, ya sean universitarias, de gestión o políticas, organizan y conducen hoy por hoy la investigación sobre la Prehistoria andaluza. En estas últimas décadas se ha vivido el desarrollo del denominado “modelo andaluz de arqueología”, que empezó a funcionar a mediados de los 80 tras el traspaso

de competencias desde el gobierno central a la comunidad autónoma, y que supuso la implantación de elementos tales como los proyectos de investigación y un mayor interés por la perspectiva territorial, los estudios arqueométricos y el análisis histórico de tipo procesual y diacrónico (MOLINA; CONTRERAS, 2002:192). Hoy día, la Arqueología prehistórica en nuestra comunidad autónoma se enfrenta a varios retos; el principal es no sólo destacar y poner de manifiesto la cualidad epistemológica de la misma, sino reivindicar su marcado interés social. Asuntos tan importantes como las relaciones entre Arqueología y sociedad, la Arqueología aplicada, la protección y uso del patrimonio, la educación y la divulgación científica, la práctica profesional de la Arqueología (académica y comercial) o la creación de valores sociales, están pendientes de una respuesta por parte tanto de los profesionales (dentro y fuera de la academia) como de las instituciones públicas. En el aspecto que más nos interesa en este volumen, el de la tutela y valoración, es importante sobre todo hacer llegar al público los conocimientos obtenidos a través de la investigación arqueológica realizada, y siempre en una doble vía, la de la presentación y la interpretación (SILBERMAN, 2006). Mediante la presentación se trata de realizar un compendio de información condensada, comprensible y sistemática, que permita hacer llegar a la sociedad los conocimientos que hemos adquirido con nuestro trabajo; con medios como las reconstrucciones físicas o virtuales, la narrativa histórica o la exposición de artefactos sistemáticamente organizados. Pero también hemos de ofrecer otra vía que ponga más el acento en el grupo que recibe el mensaje más que en el mensaje enviado; la interpretación tiene aquí un sentido activo de compartir una idea determinada sobre un sitio arqueológico y darle al visitante, además de los conocimientos adecuados, un rango amplio de actividades que permita la reflexión, la investigación o la creatividad. De manera que se pueda seguir creando memoria de los sitios arqueológicos, que se comprenda lo importante que es el pasado para nosotros. Entender el conocimiento de ese pasado más como una necesidad en vez de lujo, entender que necesitamos de esa memoria para poder mirar hacia adelante.